

Trabajar en el hospital: «Zona de alto riesgo»



POR DOMINGO PÉREZ. MADRID.

«Zona de alto riesgo». Así, de una forma tan gráfica, denomina Teresa Mateos, una veterana enfermera especializada en UVI y reanimación, a las urgencias del Hospital 12 de Octubre de Madrid en las que ha trabajado -¿sobrevivido?- hasta hace muy poco.

Lugar de tensiones, de alta carga emocional. Salas en las que todos quieren ser los primeros en verse atendidos y en las que el que llega con un niño con algo de fiebre no entiende que, después de tres horas de esperar, pase delante de él- «que cuelen»- un herido en una accidente de tráfico o a un hombre con un infarto. Pasillos en los que los familiares pierden los nervios y se rifan quantazos, empujones y puñetazos, además de amenazas de muerte y toda suerte de improperios.

Teresa acumula en su larga historia profesional, tras 23 años en el «frente», nada menos que tres agresiones. «Claro, que son sólo las que he denunciado -matiza-, porque en realidad son muchas más. Miles si contáramos los insultos, todas las veces que he tenido que oír con desprecio «te vas a enterar» o «quién eres tú», y las ocasiones en las que me han mirado con odio...».

Dos bofetones y un tirón de pelo

Analiza las razones de una situación que se ha ido agravando y deteriorando a marchas forzadas desde que comenzara a ejercer. Ofrece una larga lista de culpables: «La falta de respeto de la gente, su ignorancia de lo que es la medicina y lo que son las urgencias, la masificación, la incoherencia de que lleguen al mismo sitio gentes al borde de la muerte y otras con un simple catarro, grandes hospitales obsoletos, un sistema sanitario que es un revoltijo...». Y podría seguir así durante un par de horas.

«La primera denuncia -recuerda- la hice porque ya estaba harta de agresiones y de no denunciar. Además, tuve una lesión bastante grave. Un alumno estaba pinchando a un paciente alcohólico. No atinaba y le dio dos pinchazos. Se puso un poco violento y el muchacho pidió ayuda. Fui yo y cuando iba a ponerle la inyección, me largó un manotazo y me produjo un gatillazo cervical. El segundo fue otro quantazo, en este caso de un joven con un problema psiquiátrico que no estaba bien atado y que me reprodujo la lesión. Y el tercero fue el más doloroso en lo anímico, porque fue un compañero, un MIR - luego se demostró que tenía una enfermedad mental y que no aguantaba la enorme tensión de las urgencias- que me tiró de la coleta con violencia, después de chillarme y enfrentarme a los familiares porque no iba a atender al enfermo que él decía, pese a que estaba con otra muy grave. Fue la gota que colmó el vaso. Me rompí anímicamente. Además, no recibí ningún apoyo, pasé nueve meses de un despacho a otro y al final era yo la que me sentía juzgada...». Desde hace poco intenta recuperar la ilusión en otro trabajo en teoría más tranquilo.

¡Qué no habrán visto los ojos de Teresa! «Un día -narra-salió de un box una gitana gritando muy escandalosa: «Me has hecho daño, hija de...». Tras ella apareció un sorprendido compañero, ya mayor, que acababa de ponerle una inyección de corticoides, que es un poco molesta. El hombre iba disculpándose con la señora, cuando de repente, un familiar, el marido, se planta ante él y le arrea al enfermero, sin mediar palabra, un tremendo puñetazo al tiempo que le espeta: «Viejo, que la has hecho daño...». Y se fue tan tranquilo».

Beatriz Ogando, médico de familia y secretaria de Salud Laboral de la Confederación Estatal de Sindicatos Médicos (CESM), destaca que agredir al personal sanitario «sale casi gratis. La mayoría de las veces no hay denuncias y si la hay y llega a su fin, la multa es irrisoria, muy poco disuasoria».

Navajas y pistolas

Por esta razón, el CESM, que acaba de crear un observatorio contra la violencia, pide que las agresiones a los médicos pasen a ser consideradas como «atentado contra la autoridad, para que tengan penas de cárcel, sean perseguidas de oficio y la gente empiece a pensárselo dos veces antes de agredir a un médico». Es una reivindicación gemela a la que realiza el Consejo General de Enfermería.

Las enfermeras se consideran el cuerpo de choque, pero lo cierto es que la violencia afecta a todos los estamentos y a todos los departamentos. «Ha traspasado todas las barreras -indica la experta en salud laboral-; hace mucho que ya no sólo se circunscribe a las urgencias, la encuentras en los centros de salud, tanto en urbanos como rurales, y da igual el nivel socioeconómico. Tal vez a las enfermeras las agredan más».

«Existen -expone- por supuesto puntos negros, con grandes índices de drogodependencia y marginalidad que son más conflictivos. En el Pozo del Tío Raimundo sacan a los médicos pistolas o navajas con una

facilidad pasmosa. Pero también encuentras reacciones muy violentas en «gente bien». Padres que te maltratan porque su hijo tiene 37 de fiebre y debe esperar».

Ogando reconoce que no hay datos «porque todavía hay mucho miedo a denunciar. Hay que pensar que el que te amenaza, insulta o agrede es un paciente tuyo, que sabe dónde trabajas, si vas en coche o en transporte público, que puede esperarte a la salida... Al final, muchos prefieren dejarlo pasar».

Maneja, en cualquier caso, informes, como una encuesta realizada por la revista «Medicina Clínica», que recoge que en urgencias hasta un 38% de los médicos han sufrido agresiones físicas, un 72% insultos y un 70% amenazas.

Ella misma ha sido víctima: «Me han amenazado con «te voy a esperar en el autobús». Sabían mi horario, mis paradas, todo. Conozco compañeros que han cambiado de domicilio y colegio porque a las cuatro de la mañana han recibido una llamada que les señalaba: «Tus hijas van a los Escolapios. Ten cuidado». ¿Alguien se imagina el terror que eso puede llegar a producir? Conozco a demasiados médicos que pasan miedo cuando atienden sus consultas».

«Durante tres años -continúa- he tenido un alcohólico que venía cada poco para que le recetara transilium, un tranquilizante con el que luego trapicheaba. Empezaba a gritar, sacaba un cuchillo, aporreaba la puerta... Son mucho más violentos con las mujeres que con los hombres, pero lo malo es que ahora somos mayoría de mujeres. Muchas veces llamabas a la Policía, o un colega te ayudaba, pero otras decías «¿por qué me voy a jugar el pescuezo?». Y le hacías la receta. Yo rellené más de 20 hojas de incidencias y mi gerente no me contestó ni a una. Me pusieron un timbre de alarma bajo la mesa. Al final, estaba embarazada de siete meses y cada vez que veía a ese tipo me daban contracciones. Así que acabé marchándome».

Mucho dinero en juego

Su escalofriante narración desvela una de las causas de la violencia: «Hay mucho dinero en juego. Un paciente sabe que si se pone faruco al final consigue la baja laboral, o que le den las medicinas que quiere con la cartilla de su abuela o un parte de incapacidad. Y todo eso es dinero. Han asesinado a médicos por no querer firmar una incapacidad».

¿Merece la pena denunciar? Ana Salegui, enfermera con 22 años de experiencia en Urgencias, sí denunció. El caso: un padre con un hijo con diarrea que se metió en el servicio de guardia en tres ocasiones aporreando los muebles, llamando hijas de... a la enfermeras y diciendo que las iba a esperar a la salida. El niño fue dado de alta poco después sin mayores complicaciones. «Hay gente -concreta Ana- que no entiende que no puedes dejar de atender un infarto por una diarrea». Hubo un juicio y 100 euros de indemnización».

Pérdida de respeto

Claro, que para Ana esa no es la solución: «Hay que educar. Se ha perdido el respeto a los profesionales desde que la política se metió en la sanidad. Los políticos no entienden de Sanidad y así nos va. La gente no sabe lo que cuesta la atención sanitaria. No está informada. Muchos, si de verdad lo supieran, tendrían más cuidado. No se permitirían los «abusarios», que son los usuarios que abusan del sistema. Esas, como me ha pasado a mí, que llegan a las cuatro de la mañana muy preocupadas porque les ha salido un grano y resulta que se han depilado a las cinco de la tarde. La sanidad está enferma. Sobran pruebas complementarias y faltan conocimientos. Ahora todo se reduce a una medicina defensiva. La sociedad está enferma y la violencia se ha adueñado de todo».

Se lanza Ana. Se nota que a sus 56 años sigue enamorada de su profesión, que le duele lo que ocurre y que le cuesta asimilar que «se pase miedo» en un trabajo que adora. «Yo me jubilaré en urgencias a pesar de todo, pero me da mucha pena ver a sensacionales médicos y enfermeras quemados, amargados, de baja. Antes íbamos a trabajar felices; ahora estamos contentos cuando salimos. Esa es la diferencia».

ABC MADRID